

Próximo número extraordinario :
Sábado, día 29 del corriente

La superproducción de vigoroso asunto

EL OCASO DE UNA RAZA

Creación de los célebres artistas *Richard Dix, Lois Wilson, Noah Beery, Malcolm Mac-Gregor, etc.*

Postal-fotografía-regalo: PERCY MARMONT

No deje usted de comprar el mismo
SÁBADO, DÍA 29 DEL CORRIENTE
este precioso Número Extraordinario

HA SALIDO YA

el libro 65 de la Biblioteca *Los Grandes Films*
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LA NOVELA DE UNA NOCHE

por

Constance Talmadge y Ronald Colman

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

Lea usted

EL COCHE N.º 13

J. Horta, impresor - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 261

25 cts.



Zofija J., 246, 293, 300, 374

EL CISNE

FOR

Frances Howard
Adolphe Menjou

Filmoteca
de Catalunya

BUCHLO WETZKI, Dimitri

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAONE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 261

The Swan, 1925

EL CISNE

Preciosa comedia americana, interpretada por
los célebres artistas

Adolphe Menjou, Ricardo Cortez
y Frances Howard

Obra de Renée Holnar

Producción PARAMOUNT

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JETTA GOUDAL





EL CISNE

Argumento de la película

En histórico castillo, rodeado de antiquísimos torreones y foso, y emplazado en un lugar delicioso, que adornara bella y graciosamente madre naturaleza, tienen fijada su real residencia los monarcas del lejano reino de Beldonia.

Los tiempos modernos han ido transformando paulatinamente aquellas dependencias amplias y destartaladas, convirtiéndolas en espaciosas salas y magníficos salones. Asimismo lo que antaño fueron deliciosos alrededores, cuidados solamente por los grandes artífices de la naturaleza, sol y lluvia, desconocedores de las leyes de la simetría, han quedado convertidos en la actualidad en hermosos jardines, con plateados estanques donde can-

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

tan su himno amoroso los jilgueros y los cisnes; donde exhalan su suspiro odorante las rosas y los jazmines...

Hoy es día de inusitado movimiento en el castillo. Ha llegado un joven príncipe, que además de ser joven es soltero, y además aún heredero de una de las coronas de mayor realce de los reinos fronterizos a Beldonia. Y esto que para muchos sería trivial, era, para la corte que nos ocupa, de mucha trascendencia...

Gobernaba a la sazón la princesa Beatriz, por fallecimiento de su esposo. Y esta princesa tenía una hija, y era preciso casarla; y necesariamente con un ilustre vástago.

La llegada del príncipe Alberto simplificaba mucho la gravedad de la situación si lograban que este se enamorara de la princesa Alejandra.

Eran las nueve de la mañana y en la antecámara del dormitorio del príncipe Alberto hallábase todo su séquito de generales y servidores, prestos todos a satisfacer el más leve capricho, la más ligera indicación de Su Alteza.

Nadie se atrevía, empero, a despertarle, pues todos sabían la clase de humor que gastaba, no obstante y tener que ser presentado a la princesa Alejandra dentro de dos horas.

Por esto Alejandra, la princesita primorosa, tampoco parecía tener grandes deseos de que le presentaran a aquel Príncipe, cuya fa-

ma de jueguista y pendenciero había atravesado todas las fronteras...

Alejandra era una muchacha linda y gentil; de carácter algo reservado y rígido, como su esbelto talle. Dos áureas trenzas caíansele por los hombros, y realzaban su belleza haciendo rememorar las damas de la Edad Media por las que luchaban esforzados caballeros.

Vestía sencillos trajes blancos. Y por esto y porque vagaba la mayor parte del tiempo como perdida por la inmensidad de los jardines, mezclándose con los pavos reales y los cisnes, dieron en llamarla "El Cisne de la Corte".

Hoy más que nunca parecía que iba triste y errabunda la soñadora Princesa. Para lograr tranquilizar un poco su espíritu inquieto se dirigió donde sus dos hermanitos tomaban la lección con el preceptor y su profesor de esgrima, el Dr. Walter.

Hallóles en un momento dedicado al descanso, que era cuando Walter gustaba de contar cuentos y recordar viejos romances que expresaban sus propios sentimientos.

—Este cuento que voy a contar es muy antiguo, pero parece siempre nuevo...

El doctor Walter es alto, de noble continente y gallardo andar, que contrasta con su faz amarillenta y sus profundos ojos soñadores.

Romántico...

—“Una vez era un rey...”

“...la hija de aquel rey era hermosísima y todo el mundo la quería, pero quien más la quería era su mismo paje...”

Ponía en cada una de sus palabras todo el sentimiento, todo el calor que seguramente pondría el paje de referencia al manifestar su tierno amor a la dama.

—*Pero el ambicioso rey quiso que la Princesa se casase, contra su voluntad, con un Príncipe vecino, muy rico y poderoso... Una noche descubrió el monarca los plebeyos amores de su hija...*

El fin trágico lo revelaban ya su voz y sus maneras.

—...y aquella misma noche el verdugo decapitaba al atrevido galán.”

—¿Y que le sucedió a la Princesa?

—Tuvo que casarse, contra su voluntad, con el elegido por su padre.

Un vago temor de presentimiento les invadió a todos.

Marcháronse para prepararse para la gran ceremonia.

El Príncipe habíase ya levantado. Cuando acompañado de todo su séquito, se dirigía al salón del trono, lugar donde había de efectuarse la presentación, vió venir en dirección contraria a una dama monísima, que le saludó con gracia tal, que fué para él la más encantadora mujer del reino de Beldonia. Intentó hacer lo que en sus épocas de incógnito estudiante: seguirla.

—Alteza, permitidme que os recuerde que la presentación es dentro breves momentos.

Quien tal dijo fué el coronel Wunderlich, que con su edad y su experiencia le guiaba por los mejores derroteros posibles.

—Es una verdadera lástima que no podamos aplazar esta fastidiosa ceremonia hasta la tarde.

—No se preocupe Vuestra Alteza por este contratiempo... Aún estaremos varios días en Beldonia.

Púsose serio, estirado. Entró en el salón donde ya aguardaba impaciente toda la corte.

La ceremonia verificóse con toda pompa.

Cuando el Príncipe, después de haberse inclinado respetuosamente y besado la mano de Alejandra, levantó la mirada y la dedicó una de sus mejores sonrisas, y se encontró con una faz seria, que le dirigía una mirada glacial, tuvo una decepción tan sólo comparable con su fastidio.

—Deliciosa temperatura... — dijo él.

—Bello país... — contestó ella.

—Magnífico palacio...

Una sonrisa de forzado, que murió apenas nació; y nada más.

Por la tarde hubo recepción en el Salón del Trono.

El Príncipe, naturalmente, bailó con Alejandra, lo cual visto por la reina le sugirió este comentario:

—Parece que nacieron el uno para el otro.
¡Se parecen tanto!

El Príncipe, mientras danzaba con Alejandra vió una cosa que le gustó sobremanera. El viejo Wunderlich hacía pareja con la sim-



—*Bello país...*
—*Magnífico palacio...*

pática dama que encontrara por la mañana. Hízole una seña, que aquél en seguida comprendió. Quería quedarse solo con la dama en cuestión. La condesa Wanda, doncella de honor de la Princesa, era una verdadera muñequita, coquetona y pizpireta, siempre con la barrita de carmín en los labios, para que

no se le borrara la curva que con tanto *do-naire* sabía trazarse, en forma de corazón. Ella era la dama que ocupaba por entero el pensamiento del Príncipe.

El viejo soldado la llevó a un contiguo salón, donde poco después acudió el Príncipe que se había excusado para dejar a la soberana, alegando que un Príncipe moderno debe alternar y hacerse simpático con todos.

Cuando se vió frente a frente de la traviesa Condesita, saludóla con exquisita galantería. Después, con la pasión que Tenorio empleara para convencer a sus más difíciles conquistas, dijo:

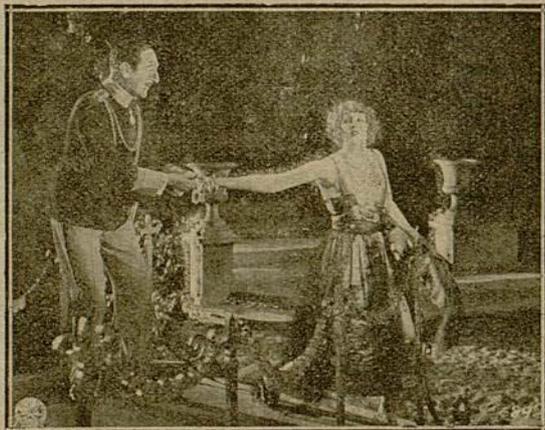
—He estado esperando con ansiedad este momento desde la primera vez que os vi.

—¿Os burláis, Príncipe? — repuso ella, haciéndole un mohín que daba doble realce a los múltiples encantos de su carita hechicera.

Acercáronse un poco más. Los acordés de un estruendoso baile de moda llegaron hasta ellos, con claridad; pero concentrábanse tanto en ellos mismos que las mismas notas que momentos antes eran fuertes y sonoras, fueron apagándose, hasta quedar convertidas en un débil murmullo.

De su abstracción les sacó el viejo Coronel, quien recordó a Su Alteza la proximidad de los invitados; aquello que estaban haciendo era, en verdad, bastante expuesto a producir un serio escándalo.

Muy cogiditos del brazo salieron al jardín para librarse de la cargante atmósfera de los salones... y poderse decir con entera libertad los madrigales que en el corazón encendido en llama guardaban uno para otro.



—¡Ay! ¡Qué atrevido!

Las ternezas de los enamorados fueron despertando deseos de locura. El Príncipe aprisionó a la frágil Condesita entre sus brazos y estampó en la mejilla rosa un beso de pasión.

—¡Ay! ¡Qué atrevido!

Como pudo se separó del Príncipe, y sol-

tando una carcajada loca desapareció tras unos tupidos rosales...

—¡Es usted muy traviesa!



—*¡Su indiferencia es completa! No ve en ti más que a otra Princesa...*

Y se lanzó en su persecución.

La Reina habíase dado cuenta de que tras la galantería de Alberto se ocultaba la más perfecta indiferencia, pero ella estaba dis-

puesta, fuese como fuese, a conseguir que éste mirara con buenos ojos a su hija.

—¡Su indiferencia es completa! No ve en ti más que a otra Princesa... y es preciso conseguir que vea en ti también una mujer.

Excelente diplomática, creyó encontrar una buena solución a esto que tanto la preocupaba, si lograba despertar los celos en el Príncipe. Organizó una fiesta campestre íntima para el día siguiente, y a la que solamente asistirían los dos Príncipes y algunos amigos de la mayor confianza.

Y dijo a su hija, la Princesa:

—Invitarás a la fiesta campestre al preceptor, y harás lo posible coqueteando con él para despertar los celos de Alberto.

—¿Y por qué con el preceptor?

Consideraba Alejandra que aquello era jugar con fuego. El preceptor la miraba siempre con unos ojos... y luego, confesábale que a ella no le era indiferente. Esperó impaciente la respuesta de su madre.

—Porque el preceptor es el único que no tiene peligro para esta clase de juegos... Nunca podrías olvidar que es un simple empleado nuestro.

Anonadóse Alejandra. Comprendió que su corazón, parecido al de los esclavos, no era suyo sino de aquel a quien quisieran cederlo los que sobre ella tenían autoridad. Con resignación sin límite repuso:

—Haré lo que decís, madre... ya que así lo queréis...

*
**

Muy entrada la mañana del siguiente día, salieron los jinetes, bien custodiados, a pasar el resto del día en uno de los inmensos bosques situados a pocos kilómetros del castillo.

Formaban el alegre cortejo tres parejas completas; la Condesita, con el Príncipe; Alejandra, con el doctor Walter, el preceptor; y la tía de Alejandra, dama muy bien conservada, con un capitán del Cuerpo de Alberto. Además, el viejo Coronel con dos ayudantes y la servidumbre. Todos montados en briosos corceles, cabalgando a una marcha regular.

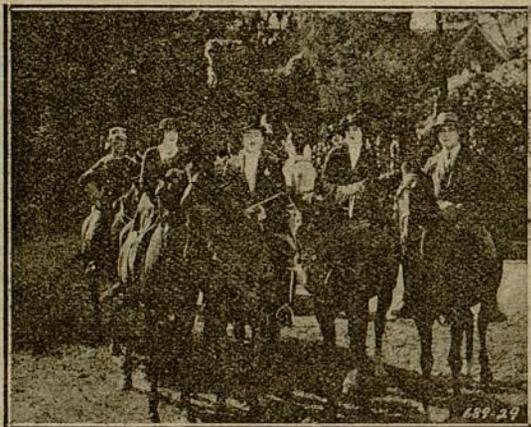
El doctor Walter, a quien sorprendió la invitación, pronunció muy breves palabras. Ahora, y mientras las cabalgaduras iban animando su trote, pidió una explicación a Alejandra. Respetuoso, dijo:

—Alteza... ¿Tendriais la bondad de decirme a quién se le ocurrió invitarme?

—Se me ocurrió a mí.

Prosiguieron en un embarazoso silencio, hasta que llegaron al espeso bosque. Para mayor libertad de acción en sus actos, despi-

dieron a los servidores, que se llevaron las caballerías. El grupo quedó notablemente disminuído. Anduvieron poco rato y en un lugar donde el bosque ofrecía un claro, y por el que jugueteaba murmurador un cristalino



Formaban el alegre cortejo tres parejas completas...

arroyuelo, sentaron allí sus reales, y distribuyeron el lugar que a cada uno correspondía en la mesa improvisada en el suelo.

Por tácito acuerdo no se deshicieron las parejas, continuando todos igual que durante el camino.

El Príncipe, juerguista y bebedor, soplabá

copa tras copa, divirtiendo a la concurrencia con sus anécdotas y chistes. Todos celebraban su verbosidad incansable y el buen humor de que constantemente hacía alarde.

Tan sólo la princesa Alejandra y el preceptor no hacían caso a los dichos del príncipe Alberto. Vigilados por la hermana de la Reina, pudo observar cómo desempeñaba Alejandra perfectamente el papel que se le encomendara. Lo que ella no sabía era que aquello que sus ojos veían no era fruto de la intriga de su hermana, sino del amor que, aún sin declarárselo, sentían los dos jóvenes uno para el otro.

Alejandra levantó su copa y dirigiéndose a Walter, dijo:

—Por el pobre paje de vuestro cuento.

—Por la pobre Princesa.

El Príncipe paró su narración. Intrigado, inquirió:

—¿A la salud de quién estaban bebiendo Vuestra Alteza y el señor preceptor?

—A la salud de quien Vuestra Alteza no conoce.

Sin darle importancia al asunto, continuó haciendo las delicias de su auditorio. Finalmente la conversación hizósele cada cual, pues el Príncipe dedicóse por entero a la Condesita.

Empezó a soplar un ligero vientecillo.

Fué como la señal de la desbandada, cual si fueran leves hojas que fueran desapare-

ciendo y separándose por aquella fuerza invisible que las empujaba.

Unos disparos y unas voces desahoradas, estratagema preparada por el Príncipe, fueron el complemento de aquella separación para conseguir la realización de quedarse solo con la Condesita.

—Adorable Condesita... Todo esto y mucho más hago yo para estar un momento solo a vuestro lado.

—Sois muy picarón y me parece que acabaré por no haceros caso.

—Cierre el piquito la golondrina amorosa y si no se lo cerraré yo.

Dijo esto y repitió la escena del jardín en la noche anterior.

La duración de aquel idilio pareció no debía finir nunca a juzgar por las frases cálidas y las promesas que salieron de sus bocas.

El vientecillo que empezó hacía un rato, fué poco a poco convirtiéndose en aire que todo lo barría. Ellos no hicieron caso; sentados sobre unas matas, proseguían con su repertorio amoroso, y seguramente lo agotarán a no haberse convertido el recio aire en formidable vendaval.

Notaron frío y soledad. Levantáronse para buscar a sus compañeros. Una persistente lluvia comenzó. Llamaron con fuertes gritos y nadie les respondió. Empezaban a sentir remordimiento por haber abandonado a los demás.

Un aguacero torrencial, un viento devastador y mucho frío, les indujeron a buscar, corriendo, un lugar donde guarecerse. No encontraron nada, ni siquiera un camino, que les pudiera indicar el que conducía al castillo.

A la desesperación sucedieron los lamentos y a éstos las imprecaciones, culpándose uno a otro de lo que les estaba ocurriendo.

También la tía de Alejandra, el Coronel y los capitanes que les acompañaran estaban a la sazón recibiendo aquel chaparrón, pero éstos era para ver si lograban dar con los dos Príncipes.

Alejandra y el preceptor, tan pronto como empezó a caer agua en abundancia, buscaron la cabaña de un leñador amigo, y en ella se refugiaron. Como estuvieran solos en aquel reducido recinto, Walter botó fuego en la cocina para secar las ropas y calentarse.

—Parece que se está usted preparando para pasar aquí bastante tiempo.

El preceptor le señaló a través de la ventana los negros nubarrones que cubrían el firmamento, y le hizo notar la persistencia de los relámpagos y truenos.

—Es muy probable que tengamos que pasar aquí la noche.

—¿Aquí? ¡De ninguna manera! Me marcho en seguida al castillo.

El doctor Walter se interpuso ante la puerta.

De ningún modo podía consentir que la

Princesa corriera los peligros a que en aquella hora estaba expuesta. Al ver que con tan decidido ademán la cerraba el paso a la salida, díjole, altanera:

—¿Por qué me detiene usted aquí?

No supo qué contestar. Pero le pareció que momento semejante a aquel no se le presentaría jamás en la vida, y con tono reposado, y mirándola fijamente, amorosamente, le contestó:

—Porque voy a aprovechar esta oportunidad para deciros...

Se le hizo como un nudo en la garganta. Hizo un esfuerzo y continuó:

—...que os quiero desde que pisé el castillo de Beldonia.

—¿Acaso olvida usted que soy...?

También ella hubo de interrumpirse. Un sollozo, largo, desgarrado, escapóse de su boca. Prosiguió:

—Soy como un cisne... Un orgulloso cisne que nada en el estanque de un parque real... y que no puede olvidar nunca su solemne papel.

Y notando que él sin hacer caso de estas palabras iba acercándose cada vez más a ella retiróse, le detuvo con la mano y dijo:

—...y yo tampoco puedo olvidar mi papel, ni siquiera cuando se trata de mi felicidad.

Abrióse la puerta de la cabaña y quedó en el umbral el príncipe Alberto, que por fin dió con un lugar donde cobijarse. Inmediatamen-

te se dió cuenta de la escena que allí acababa de desarrollarse.

Invitáronle a entrar.

—¿Vuestra Alteza ha venido solo?

—No tengo tanta suerte... La condesa Wanda me sigue. En todo el camino no ha cesado de decirme que yo tengo la culpa de que haya estallado esta tempestad.

Rendida, jadeante y con la ropa chorreando, cual su compañero, entró la Condesita, lamentándose amargamente de su poca fortuna.

—Me parecía que hacía un siglo que andábamos perdidos. Y lo peor de todo era que Su Alteza me culpaba a mí de la lluvia.

Si aquella mísera cabaña presentaba todas las incomodidades e inconvenientes para que pudieran dos personas descansar y hacer secar sus ropas, para cuatro representaba un suplicio casi tan grande como el de fuera. Sobre todo el carácter agrio y poco hecho a sufrir incomodidades del Príncipe, salió a relucir.

El fuego que Walter había encendido era pequeño; unos huevos que le sirvieron los halló demasiado duros; el pan no se podía comer; la ropa no se secaba lo rápidamente que hubiera querido...

Molestado Walter por tanta impertinencia, se dirigió al Príncipe y en tono enérgico le dijo que ya que ellos no habían podido faci-

litarle el confort que deseaba, le dejaba en libertad, para salir a buscárselo.

El Príncipe, aunque molesto por la libertad que se tomaba aquel personaje sin relieve, comprendió que era mucho mejor quedar allí dentro que salir; arrebujóse en una manta y sentado en un tosco banco de madera esperó la venida del nuevo día.

*
**

A los pocos días de los sucesos que quedan narrados, un nuevo acontecimiento vino a turbar la tranquilidad de los habitantes del castillo de Beldonia. La duquesa Dominica, madre de Alberto, había llegado para cumplir, según dijo, con ciertos requisitos muy interesantes para el futuro de los Estados.

La madre de Alberto era una señora muy dada a las antiguas leyendas. En todos sus actos adivinábase a la reina que no podía consentir ni tolerar el más leve desacato a su autoridad.

Para Alberto era, además de madre, una pesadilla, pues por ella había debido rehusar muchos festines, que no eran otra cosa que vulgares juergas, y abandonar algunas aventuras amorosas con un final prometedor...

Sintió un malestar general. Sólo una cosa le tranquilizaba, y era que las habitaciones que en el castillo les habían señalado estaban muy distantes una de otra.

Alejandra estaba enferma desde la noche célebre en el bosque. Hoy, ya bastante mejorada, iba a levantarse, más que para nada,



Hacia un momento que había recibido un papelito de Walter...

para hacer los honores debidos a la duquesa Dominica.

Hacia un momento que había recibido un papelito de Walter. Decía así:

Debía haber comprendido que ni aún en la vida real el pobre paje puede tener la esperanza de ganarse el amor de la Princesa. Mas espero que me daréis la satisfacción de veros, por última vez, en el jardín, esta noche.

Turbóse en gran manera, y dió rienda suelta al llanto.

Su madre, que no comprendía la causa de la pena de su hija, subió una vez más a las habitaciones particulares para descender con ella y presentársela a Dominica.

Por la tarde harían la presentación oficial. Pero ahora era preciso que fuera cuando menos a saludarla para que no lo tomara como un desaire.

—No puedo bajar, madre... Tengo sólo grandes deseos de llorar y de morir...

La princesa Beatriz se sintió más que Reina, madre, y quiso descubrir aquel pesar que tanto hacía sufrir a su hija. No pudiendo arrancarle una sola palabra más, fué donde estaba su huésped para rogarle dispensara a Alejandra de acudir, pues su estado la exigía nuevamente que hiciera cama.

Entre tanto la madre fué devanándose la cabeza por descubrir los motivos que tendría Alejandra para hallarse tan desesperada.

Sonrió satisfecha. Por su radiante semblante podía comprender que había dado con lo que tanto la intrigara. Acababa de hacerse el siguiente razonamiento, que de ante-

mano ya sabemos era completamente equivocado.

—Mi hija — pensó — se ha enamorado de la gallardía y apostura del Príncipe; pero como observa en él tanto desvío, que la habla muy respetuosamente pero sin mezclar para nada la palabra "amor", siente esta gran congoja y estos ciegos deseos de morir.

Luego pensó: Yo lo arreglaré.

Dedicóse por entero a la duquesa Dominica, procurando que sólo viera en ella el afán de resultarle agradable y simpática.

Habló nuevamente de la enfermedad de su hija, y la Duquesa entonces la dijo:

—Lamento en el alma no poderla ver. Pero de todos modos, conozco ya sus dotes y sus buenas cualidades. Así, antes de venir al castillo de Beldonia había tomado ya mi decisión.

Levantóse de su asiento. Su hijo, que se hallaba presente, la princesa Beatriz y algunas damas que había, la imitaron.

—Mi querida Beatriz, en nombre de mi hijo Alberto, os pido para él la mano de vuestra hija Alejandra.

La princesa Beatriz estaba gozosa a más no poder. Era imposible que en su vida le dieran ya una alegría que pudiera superar a ésta en goces y dichas internos.

El príncipe Alberto quedó petrificado, pues nunca hubiera esperado de su madre tal manifestación. Pero al ver que ésta le miraba

serenamente, como pidiéndole su asenso, se apresuró a sonreír y dedicar unas frases de elogio, que dejaron a la madre de Alejandra llena de satisfacción.

Aprovechó la primera oportunidad para abandonar con una buena excusa a la ilustre dama y fué a comunicar la fausta noticia a su hija.

—¡Alejandra, estoy contentísima!... ¡Alberto acaba de pedir tu mano!

**

Aquella noche los regios habitantes del castillo de Beldonia obsequiaron con un gran banquete de gala a las más ilustres familias de sus cortesanos.

Durante la comida, los anfitriones levantaron su copa para brindar con toda solemnidad al tiempo que anunciaban la alianza de dos grandes casas:

—...por medio del enlace de la princesa Alejandra de Beldonia con el príncipe Alberto de Hohenburgo...

Palabras pronunciadas por la madre de Alejandra, que vieron confirmadas por la de Alberto.

El brindis fué ruidoso.

Los mismos cortesanos sentían gran satisfacción, pues el reino de Hohenburgo era gobernado con mano sabia, y por lo mismo de prosperidad.

El único que no participaba de la general alegría era Alberto, quien apesar de sus forzadas sonrisas, hubiera preferido que le hubieran anunciado que iba a quedar soltero toda su vida.



—¡Alcemos todos nuestras copas por la felicidad de los futuros esposos!

Nuevamente se repitieron las demostraciones de afecto.

—¡Alcemos todos nuestras copas por la felicidad de los futuros esposos!

Una mirada de reconvención fué el pago que del Príncipe recibió quien tal había dicho.

Sin más ceremonias terminó aquel gran banquete, digno prólogo de los amores de un Príncipe y una Princesa...

Eran las doce de la noche. El más sepulcral silencio reinaba en todo el castillo de Beldonia, cuando se abrió sigilosamente la puerta de la habitación de Alejandra. Esta salió llevando un ligero vestido blanco; atravesó unos salones con paso silencioso y se vió pronto en el jardín.

En un banco, sentado, Walter la esperaba.

—Tenía la seguridad de que acudiríais a mi llamamiento.

—¿Walter, me queréis sacrificar?

—No, mi amada. Soy yo quien me sacrifico. Mañana dejaré el castillo de Beldonia e iré Dios sabe dónde, a ocultar mi pesar y mi dolor.

Unos apagados sollozos fueron la contestación de la Princesa, que sentía tanto como él, más que él, no poder disponer libremente de su corazón para ofrecérselo por entero.

Fueron acercándose más y más; las manos enlazáronse y una mirada lánguida, ininterrumpida, fué acercando sus dos cabezas. Cuando estuvieron tan cerca, tan cerca que el beso era inevitable, los dos detuvieron su impulso. Habían ido allí a sufrir el martirio de una despedida, no a gozar.

Aquellas dos almas blancas y puras no sabían pecar.

El Cisne del Castillo dejó caer su cabeza sobre el pecho, al tiempo que lanzaba un profundo suspiro.

Entonces sí que podían llamarle "El Cisne", con su cuello blanco y nítido, cual el animal que sedujo a Leda, encorvado hacia el mudo interrogante de su vida.

—Teníais razón... Sois como un cisne. Un orgulloso cisne blanco... No puedo deciros más... Adiós.

En el castillo todo el mundo dormía; todo el mundo, menos los dos personajes que habían estado hablando en el jardín, y que ya habíanse separado con el último, definitivo adiós.

Todo el mundo dormía, menos la madre de Alejandra, que hacía conjeturas sobre lo que sucedía a su hija, y sobre su porvenir...

Todo el mundo dormía... menos el príncipe Alberto, y el coronel Wunderlich, y los capitanes y demás oficiales que habían acompañado en su viaje al Príncipe. Todos ellos estaban reunidos en la habitación de éste, vaciando más botellas de champaña que lo que disponía la prudencia.

—¿Qué será de Marie, la bailarina del Ballet Real?

—¡Hombre, pues es verdad! Debíamos haberla invitado para alegrarnos un poco.

De pronto Su Alteza púsose sombrío; contó los presentes y eran trece. Esto lo juzgó de muy mal agüero.

Wunderlich le sacó del apuro.

—Si Vuestra Alteza manda venir con nosotros al preceptor, seremos catorce... y además nos divertiremos con él.

Por unanimidad fué aceptada la idea del Coronel. El mismo se dirigió a las habitaciones de Walter, y le dijo con muy melosa amabilidad:

—Su Alteza le invita a tomar una copa de vino con él.

Declinó tal honor el preceptor, pero ante la insistencia del Coronel se decidió a acompañarles.

Cuando Walter y el Coronel llegaron donde se celebraba la juerga, ésta estaba en su apogeo.

Los cuerpos manteníanse aún erguidos, pero las cabezas comenzaban a sentir el cosquilleo del calor...

Las botellas rodaban de acá para allá sin haberse terminado su contenido. Otras nuevas venían a suplir aquellas que yacían por el suelo olvidadas.

Todos levantáronse cuando llegó Walter e inmediatamente doce copas le fueron ofrecidas. Aceptó la que le tendía Su Alteza. Bebió.

Pronto vióse que aquellas fiestas no eran para Walter, quien encontrábase muy solo entre aquellos uniformados caballeros, tan amantes de la alegría.

Nuevamente hablóse de la gentil Marie, la

excelente bailarina del Ballet Real, y de la que habíanse olvidado, al notar Su Alteza que eran trece los contertulios.

—Pues, sí — continuó Alberto—. En otra ocasión la tendremos presente, y por lo menos nos divertirá con su canto y su buen humor, en este aburrido castillo.

Marie era la mujer más atractiva que actuaba en el Ballet Real. De protuberancias algo pronunciadas, su carne rosa era el eterno suspiro de muchos, que habíanla hecho ya tentadoras proposiciones. Pero era libre, y amaba la orgía y los despilfarros del Príncipe.

Todos celebraron el gusto que para escoger mujeres tenía Su Alteza, especialmente de Marie, la reina de las mujeres guapas.

Walter comenzaba a sentir algo más que aburrimiento. No podía comprender de qué modo consideraban aquellos hombres finos el amor.

Alzó su copa el Príncipe:

—¡Por Marie... la única mujer agradable que he conocido!... ¡Me gusta mucho más que la estirada Princesa de esta casa!

Walter sintióse herido en lo más profundo de su ser. Rápido, cogió la copa de manos de Alberto y la tiró al suelo.

Todos levantáronse asustados por el proceder temerario del preceptor.

Alberto, muy tranquilo, pidió una espada. Quería vengar por sí mismo la ofensa. Walter tomó otra.

Empezó un duelo encarnizado, feroz.

No en balde Walter era profesor de esgrima, lo que púsose de relieve a los pocos momentos con el gran dominio que ejerció sobre el Príncipe. No quiso, empero, herirle, sino solamente darle una lección. Y en un cuerpo a cuerpo lo desarmó.

Volvió el Príncipe con más ímpetu que nunca con una nueva espada. Walter, ya sobre sí, le acorraló de nuevo, para volverle a desarmar.

Entonces fué el Coronel Wunderlich quien esgrimiendo su acero púsose frente a Walter. Ahora había tropezado éste con un esgrimidor formidable, que tenía un potente brazo. Arrinconado, Walter se vió en la puerta y la abrió de un golpe para continuar peleando con mayor libertad.

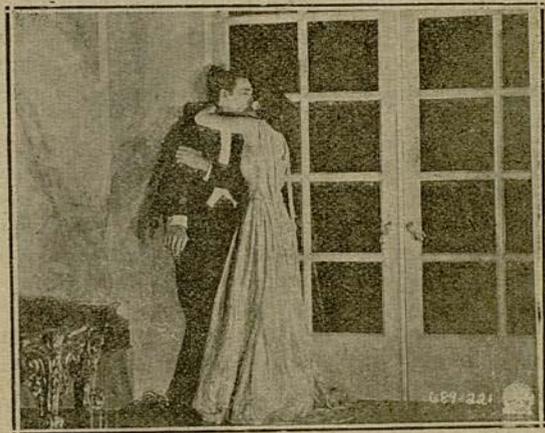
El ruido de los aceros despertó a la servidumbre; a sus gritos despertáronse los habitantes todos del castillo, y en una indumentaria inverosímil pronto estuvieron todos sus moradores congregados en el gran salón, donde poco a poco, y siempre batiéndose en retirada Walter, acosado por el Coronel, habían llegado los combatientes y los que con ellos hallábanse momentos antes bebiendo.

Alejandra sabía que Walter no era pendençiero y comprendió que solamente ella, "su cisne", podía ser el motivo de aquel singular duelo.

Walter fué herido en el brazo y abandonó,

dolorido, la espada que empuñaba. El Coronel retiróse, orgulloso del triunfo obtenido.

La Princesa lanzó un agudo grito de dolor y fué a socorrer a su amado. Comprendió que la herida no era grave, pero no quiso de-



.. *.. juntó su boca a la del herido, y sonó un doble beso.*

jar sin premio aquel heroico rasgo, y acercándose a él ante la estupefacción de todos y la indignación de su madre juntó su boca a la del herido, y sonó un doble beso.

Luego arrodillóse ante la princesa Beatriz y le dijo:

—¡Madre... le quiero!

*
**

Los acontecimientos de la noche son la comidilla de los cortesanos al día siguiente.

Alberto, ya recobradas sus facultades, fué a ver a Alejandra y le dijo:

—Alteza, os merecéis mucho más que un trono... Si vuestra promesa es un obstáculo para vuestra felicidad, estoy conforme en que la retiréis. ¡Tanto os admiro!

La princesa Beatriz, afligida, consultó el caso a su hermano, padre jesuíta, quien la aconsejó que dejara a Alejandra seguir los impulsos de su corazón. De todos modos, bien instruído por su hermana, y con amplios poderes para hacer lo que creyera más conveniente fué a ver a su sobrina, la Princesa.

—¿Es cierto, Alejandra, que queréis a un preceptor, a un maestro de esgrima? — preguntó, severo.

—¡Es cierto! — respondió ruborosa.

—Entonces, os deseo que seáis muy feliz. Vuestra madre, por mi boca, os da el consentimiento para que os caséis.

... ..

Y el príncipe Alberto, allá en Hohenburgo, fué feliz y dichoso gozando de su amable soltería.

FIN